

EL DEBATE SOBRE LA HEGEMONÍA CULTURAL KIRCHNERISTA.

Javier Waiman¹ (UNQ)

javierwaiman@hotmail.com

Introducción

Bien podría servir de ejemplo para problematizar la relación entre fuerzas sociales y cultura el resurgir, dentro del vocabulario político y periodístico, de una terminología olvidada. El lenguaje de la hegemonía comenzó a recorrer los principales medios gráficos del país durante el año 2010 para instalarse como un tema de debate durante el año 2011. Algo nuevo había sucedido: la recuperación política del gobierno kirchnerista luego de la "crisis del campo" y el fuerte apoyo que mostraba tener, llevó a pensar en batallas culturales ganadas, y en hegemonías conquistadas.

De esta forma, la noción de Hegemonía, y sobretodo la idea de una hegemonía cultural, se convirtieron en palabras de la época. Comenzaron a presentarse recurrentemente en los análisis periodísticos, a circular en los debates del espacio público virtual de las redes sociales, a constituir un elemento central, sea para afirmarla o negarla, en las discusiones de la intelectualidad tanto kirchnerista, "opositora", o de izquierda. Hegemonía dejó de ser cada vez más una noción usada por el periodismo sólo para describir el "apetito desmedido" de poder, la idea del "ir por todo", la forma de expresión del poder absoluto de un gobierno; y se volvió a Gramsci, para plantear la hegemonía teniendo en cuenta la densidad y complejidad conceptual que habitan en el término.

Una nueva situación política y un nuevo lenguaje para tratar de dar cuenta de la misma: ¿nos estará hablando esto mismo de la relación entre política y cultura, entre fuerzas sociales en lucha y sus formas simbólicas? No nos apresuremos. Lo que tenemos delante es un objeto cultural a analizar: un debate público sobre formas de pensar y describir al momento político actual.

Debatir la existencia o no de una hegemonía cultural kirchnerista nos impone tres tareas que intentaremos abordar en este trabajo. En primer lugar, determinar que significa conceptualmente una hegemonía cultural y que nos plantea el concepto para pensar las relaciones entre cultura, poder y política. En segundo lugar debemos encarar el análisis del debate intelectual que caracteriza o niega a la coyuntura kirchnerista como hegemónica,

¹ Investigador UNQ. Lic. en Ciencia Política (UBA). Maestrando en Sociología de la Cultura (IDAES-UNSAM).

desmenuzando sus argumentos para discutir como está siendo pensada la hegemonía cultural en la argentina contemporánea. Por último debemos intentar el análisis inverso, tomar al debate mismo como objeto cultural sujeto al análisis, y pensar que nos dice la existencia del debate sobre la hegemonía cultural del Kircherismo, de las relaciones de fuerza, poder y cultura en la coyuntura actual.

De qué hablamos cuando hablamos de hegemonía cultural

La obra de Gramsci configura el parte aguas en la definición teórica de hegemonía, llevando al término a una conceptualización más allá del sentido de dominación total y autoritaria por parte de un grupo o del Estado. Esta idea de dominación totalitaria, que sobrevive sin embargo en numerosos análisis contemporáneos, es remplazada por una concepción compleja del término hegemonía; donde el mismo representa un anudamiento de fuerzas sociales que configuran una forma de dominación que no agota su ejercicio en la fuerza y la coerción directa, sino que más bien incluye y supone la importancia del aspecto consensual a la dominación. Coerción más consenso, coerción revestida de consenso, dominación que incluye subordinadamente intereses materiales y simbólicos de los grupos o clases sociales sobre las que se ejerce².

Abordando el análisis de las nacientes sociedades de masas europeas y la extensión de la democracia parlamentaria como principal forma de dominación política; Gramsci busca explicar las diferencias que han imposibilitado la revolución en Occidente de la manera que ha sucedido en Oriente (Rusia). Hegemonía aparece entonces como la clave para comprender este fracaso; al complejizar sus formas particulares de dominación, Occidente incluirá no sólo formas coercitivas sino también al consenso de los dominados a la dirección impuesta por la clase dominante; consenso a la dirección política pero también y fundamentalmente a la dirección económico-material, intelectual y moral, al conjunto de prácticas, ideas y símbolos impuestas por la clase dominante. Para que esto sea posible, Gramsci remarca la importancia de que en el proceso de lucha entre las fuerzas sociales, la clase dirigente debe ser capaz, para devenir hegemónica, no sólo de someter, sino también de incorporar subordinadamente los intereses de las clases sobre las que busca ejercer la dominación.

² Tal como lo describe Perry Anderson, el concepto de hegemonía se encontraba presente en los debates de la tercera internacional comunista, para describir la relación de dirección del proletariado por sobre el resto de las clases subalternas. Lo característico del enfoque gramsciano reside en la extensión de la utilización del término para la comprensión de los fenómenos de dominación y dirección no sólo entre clases subalternas, sino principalmente para el análisis de las formas de dominación burguesas modernas. (Anderson: 1981)

Hegemonía se piensa como resultado de la correlación de fuerzas entre las clases sociales, donde se anudan mediante la coerción y el consenso, la dirección de la sociedad en los planos económico, político, pero también ideológico-cultural, incorporando de manera subordinada los intereses de las clases subalternas, de manera de presentar la expansión y desarrollo de el grupo dominante como expansión del conjunto de las fuerzas nacionales (Gramsci: 2003 y 2008).

A la luz de esta clásica noción gramsciana de hegemonía, interpretaciones posteriores buscaran pensar el ámbito cultural, así como las relaciones entre cultura, poder y clases sociales.”Estas parten de la preponderancia de las instituciones de la sociedad civil en la construcción de la ideología y los símbolos como fundamento de la hegemonía. Tendríamos entonces luchas ideológico-simbólicas entre las clases sociales en el ámbito de la sociedad civil que configuran la hegemonía cultural de una de ellas sobre el resto; hegemonía que constituiría la base y el fundamento de su dirección de la sociedad. De esta manera lo simbólico-ideológico se autonomiza de las prácticas político-económicas de las clases sociales, en una extraña inversión de lo que constituía la clásica, aunque problemática, determinación de la superestructura por la base.

Sin embargo consideramos que lejos se encuentra esta interpretación de las relaciones entre cultura y hegemonía que nos plantea la obra de Gramsci. En ella, se parte de las correlaciones de fuerza entre las clases en el todo social, siendo estas las que configuran las características de las esferas económica, política y cultural. El énfasis es inverso, no se parte de un todo dado sobre el cual se puede operar culturalmente; sino que se parte del conjunto de relaciones sociales antagónicas, que toman existencia en formas económicas, políticas y culturales.

La interrogación sobre estas relaciones sociales antagónicas y la constitución dentro de ellas de objetos culturales, ideológicos y simbólicos aparece como el nudo central para pensar la cultura y su relación con la hegemonía de una clase. Surge entonces el problema de cómo pensar una teoría marxista de la cultura que derive el análisis de los objetos culturales de estas relaciones de fuerza, como relaciones de poder y dominación entre las clases.

Los llamados “Estudios Culturales” abordaran este problema, diferenciándose de las concepciones del materialismo vulgar, en las cuales lo simbólico se reducía principalmente a lo ideológico y esto a su vez se reducía a un reflejo de las relaciones económicas; e intentando analizar como esas relaciones de fuerza entre clases son constitutivas de las formas en que se organiza simbólicamente la vida social.

[*Stuart Hall*, uno de sus principales exponentes, plantea que el proyecto teórico de los Estudios Culturales buscaba criticar y complejizar tres proposiciones básicas, que tomadas de Marx habían constituido la base de la *teoría cultural marxista*. En primer lugar “la premisa materialista: las ideas surgen de – y reflejan – las condiciones materiales y las circunstancias en las que son producidas. [...] Segundo, la tesis de la determinación: las ideas son sólo efectos dependientes del nivel de la determinación en la formación social, lo económico en última instancia. Tercero, las correspondencias fijas entre el dominio de la esfera socio económica y la ideológica; las <<ideas dominantes>> son las ideas de la <<clase dominante>> [...]” (Hall: 1998. p. 6). Esta tarea requería entonces replantear y repensar la forma clásica de entender la relación entre base y superestructura, que no permitía más que pensar la cultura a partir de una relación mecánica con lo socio-económico.

En la obra de *Raymond Williams* podemos encontrar la ruptura significativa que produce un nuevo esquema de pensamiento, que se interroga por la cultura desde una perspectiva materialista alejándose de la metáfora del reflejo. El primer paso consiste en repensar el propio objeto de estudio: la cultura. En sus libros *Cultura y Sociedad* y *La Larga Revolución* Williams construye dos formas de conceptualizar la cultura, a su vez distintas pero complementarias. En primer lugar *cultura* significa el conjunto de significados mediante los cuales una sociedad confiere sentido a sus experiencias, es el proceso social de construcción de sentido, donde se incluyen no sólo las ideologías y formas simbólicas organizadas sino el conjunto de los sentidos sociales. En segundo lugar *cultura* aparece vinculada a las prácticas sociales mismas, como la suma y la imbricación del conjunto de las prácticas sociales, como una forma de vida (Hall: 1994). Se combinan así en la misma idea de cultura una acepción *antropológica* que enfatiza la producción material, las prácticas sociales, y una tradición de estudios culturales que ponía el énfasis fundamental en sistemas de significantes simbólicos.

Cultura refiere entonces a un conjunto de prácticas sociales realmente existentes, y no epifenómicas en una esfera superestructural; que son a su vez constitutivas y constituidas por la vida social misma. Cultura como parte del proceso constituyente de lo social. La premisa materialista de los hombres haciendo su propia historia planteada por Marx, se retoma y lo cultural pasa a formar parte de la historia material, como una de las formas de la producción de la existencia. Esta interpretación permite fundar una teoría materialista de la cultura sobre nuevas bases, pero carece todavía de un elemento clave: el reconocimiento de las relaciones de poder y conflicto en la cultura como proceso de constitución de lo social.

Hall señala como este elemento aparece en la obra de Williams luego de la crítica realizada por E.P Thompson a *La Larga Revolución*, quien remarca la dimensión de conflicto y lucha constituyentes de toda forma total de vida y de todas las formas de significación. Si lo que hemos reconocido como cultura (prácticas y significaciones) constituye una práctica social, una forma de las relaciones sociales entre los hombres, no podemos dejar de lado la conflictividad inherente a las mismas, y las relaciones de dominación y poder que presentan (Hall: 1994).

Pensar la cultura como resultado de las luchas sociales y como parte constitutiva de esta lucha., requiere entonces alguna idea de “hegemonía cultural”. En su obra *Marxismo y Literatura*, la noción de hegemonía cultural aparece como un concepto que le permite ir mas allá, e incluir los conceptos de la “cultura” e “ideología”, dando cuenta de las formas de dominación sobre “todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes” (Williams: 2009 Pág. 149)

En la *hegemonía cultural* se retoma la definición de “cultura” de la obra anterior pero incluyendo un fuerte énfasis en las relaciones de dominación existentes. Hegemonía “comprende las relaciones de dominación y subordinación bajo sus formas de conciencia práctica, como una saturación efectiva del proceso de la vida en su totalidad [...] Es todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores- fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las personas de una sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más allá de la cual se torna sumamente difícil para la mayoría de las personas de una sociedad moverse en la mayor parte de las áreas de sus vidas. Es decir que, en el sentido más firme, es una cultura, pero una cultura que debe ser considerada asimismo con la vivida dominación y subordinación de clases particulares” (Ibíd. Pág. 151)

Analicemos más detenidamente el concepto, y pensémoslo en relación a la crítica de las proposiciones de cierto marxismo planteadas por Hall. En primer lugar, nos encontramos con prácticas sociales concretas, materiales, se trata de una conciencia práctica. No tenemos algo “real” representado por lo económico y lo social y algo que lo refleja o expresa súper-estructuralmente. Las significaciones, las formas de pensar y sentir el mundo, se experimentan prácticamente en la realidad misma, son en sí mismas materiales, en tanto

prácticas sociales entre individuos y clases. La primer tesis materialista se complejiza, en una materialidad misma de lo simbólico como práctica.

En segundo lugar, se replantea el problema de la determinación. Si lo simbólico forma parte de la “formación social misma” no depende de ella, en tanto constituye y es constitutiva de las propias relaciones sociales materiales; no hay dependencia entre esferas, lo simbólico no es efecto de otro lógicamente previo (lo económico). Sin embargo la idea de determinación no desaparece, se reformula en la idea de límite; en tanto estas relaciones constituyen el sentido de realidad de la mayoría de las personas de una sociedad, el accionar fuera de ellas se vuelve difícil. Determinación entonces como límite (no absoluto) a la acción, como el “estar determinado a actuar de una determinada manera”.

Por último, el problema de la correspondencia. La significación, las prácticas significantes, ya no se corresponden de manera fija con cierta “estructura” económica, en donde las ideas de una clase dominante en esa esfera se expresarían directamente como las ideas dominantes de una sociedad. Nos enfrentamos en cambio a relaciones sociales de lucha y conflicto; donde la significación aparece como “resultado” de estas luchas, de una determinada correlación de fuerzas entre las clases sociales. No hay expresión directa de ciertas ideas, hay lucha y conflicto que incluyen complejos mecanismos de inclusión, compromisos, reformulación y resignificación, donde lo simbólico expresa no una relación fija, sino a la propia relación de conflicto y lucha permanente. No existe una sola forma de simbolizar la realidad, la multiplicidad de las prácticas sociales significantes es producto de las mismas relaciones sociales de lucha múltiples y complejas. De esta manera, si bien no hay correspondencia directa, no se eliminan tampoco, sino más bien se enfatizan, las relaciones de poder y de dominación propias de esas relaciones y practicas sociales de significación.³ La idea de la hegemonía como una *determinación en proceso* hace referencia a esta misma idea, a la necesidad de referir siempre al conjunto de luchas entre las clases que van reconfigurando esta hegemonía, cambiando sus términos, incluyendo y subordinando elementos nuevos; así como también a la capacidad por estas mismas luchas de quebrar la hegemonía y hacer emerger lo nuevo bajo relaciones de poder cambiantes.

³ Creemos necesario remarcar la influencia e importancia de la obra de Volóshinov para una teoría materialista de la cultura. La teoría de la materialidad del signo ideológico, y del signo como arena de la lucha de clases planteada por Volóshinov constituye la base de la cual parte Williams para pensar la cultura. (Volóshinov: 2009) En un productivo cruce de Gramsci y Volóshinov, la noción de hegemonía cultura remarca las relaciones de dominación que se producen en lo simbólico como materialidad y como resultado de las relaciones de fuerza y de lucha entre las clases

Hegemonía entonces caracteriza a la totalidad de estas relaciones de subordinación y dominación que constituyen las prácticas mismas de una forma total de vida. Por eso sea tal vez más conveniente hablar de aspectos culturales o simbólicos de la hegemonía más que referirnos a una hegemonía cultural. Si bien en la obra de Williams, por su definición amplia de cultura, parecerían utilizarse como sinónimos, consideramos pertinente aclarar una distinción. Lo simbólico constituye parte de la vida material pero por supuesto no lo agota, una diferenciación entre lo que los hombres “hacen” y las formas que lo simbolizan es necesaria para abordar, analíticamente, objetos diferentes. Hegemonía a secas definirá para nosotros a la correlación de fuerzas del conjunto de las relaciones sociales (económicas, políticas, significantes), mientras que nos referiremos a los aspectos y las formas culturales de esa hegemonía para pensar analíticamente las relaciones de subordinación y dominación en la esfera de la producción de sentidos.

Cabe igualmente una última aclaración. En la utilización realizada por Williams, hegemonía describe a una constante en la temporalidad social. Si bien constituye una determinación en proceso, siempre existe algo que constituye (aunque sea frágilmente) lo hegemónico. Por el contrario, en nuestra conceptualización, hegemonía describe a un determinado momento de relativa estabilidad y fijeza en el flujo conflictivo de las relaciones entre las clases. Expresa así momentos de “extraordinaria calma”, un momento del tiempo social donde se estabiliza una determinada relación de fuerzas entre las clases sociales, decantando en formas determinadas de dominación. No siempre hay hegemonía, las hegemonías (y las culturales también) se alcanzan, se construyen, pero también se rompen y dejan lugar a momentos de luchas más abiertas donde resulta más difícil fijar cierta correlación de fuerzas.

La batalla intelectual por el sentido de la hegemonía cultural

Han existido, desde hace ya varios años, algunos análisis desde las ciencias sociales argentinas que se preguntaron por la relación entre el Kirchnerismo y la formación de una nueva hegemonía. Podemos afirmar sin embargo, que la generalización de este debate y su llegada a medios de difusión no académicos, se produjo desde finales del año 2010 y especialmente durante el año 2011. Surgían nuevas voces que planteaban un nuevo momento, en el cual el gobierno habría logrado, luego de una fuerte crisis (representada por la derrota en el conflicto con las patronales agrarias y luego por la derrota en las legislativas de 2009), una recuperación y un apoyo de masas de tal magnitud que nos pondría enfrentaba a una nueva hegemonía. Más importante aún, estas intervenciones se caracterizaron por compartir un rasgo común: la centralidad de la noción de cultura para explicar el momento actual. Hegemonía

cultural entonces, pero también batallas y controversias culturales ganadas y por disputar ocuparon por un tiempo páginas en los diarios, minutos en programas de televisión, pero también espacio en los discursos políticos de un determinado momento.

Un debate y una serie de ideas de una época, llevadas de manera más directa a los medios masivos de comunicación por la intervención particular de Beatriz Sarlo. En una columna de opinión del diario La Nación del 4 de marzo del 2011, titulada justamente *Hegemonía Cultural del Kirchnerismo*, Sarlo afirmaba: “Tengo, por primera vez, la sensación de que así se expresa una hegemonía cultural no simplemente en el vago sentido de llamar hegemonía a cualquiera intento de dirección de la sociedad, sino a una trama donde se entrecruzan política, cultura, costumbres, tradiciones y estilos” (Sarlo: 2011a) Haciendo explícita mención a la conceptualización realizada por Gramsci, Sarlo entiende a la hegemonía como: “producto de fuerzas sociales y culturales. No es simple coerción, aunque implica que el poder político intervenga en la vida cotidiana, dándole su forma cultural a la dominación” (Ibíd.). Se pone en juego entonces una determinada relación entre política y cultura, derivada de fuerzas sociales, donde cultura se vincula a la vida cotidiana.

Empecemos por la idea misma de *hegemonía*. Sarlo la describe como un producto de fuerzas sociales y como un fenómeno no limitado a la coerción. Sin embargo con la idea del “poder político interviniendo en la vida cotidiana” realiza una inversión de los términos de análisis. Lo político aparece como una externalidad que interviene sobre una esfera autónoma que sería la cultura. La producción de hegemonía sucede así de “arriba hacia abajo”, la política moldea la vida cotidiana, dándole forma a la cultura de tal manera de producir “un bien que escasea en las sociedades actuales [...] convencimiento de los gobernados” (Ibíd.). En vez de partir de las mismas relaciones sociales, con las relaciones de poder que implican, para explicar la cultura; Sarlo parte de las intervenciones políticas en la esfera que determinará como cultural para explicar el consentimiento a determinado poder. Se parte de los símbolos, y de las intervenciones políticas externas a los mismos que los moldean, para explicar las relaciones sociales de poder, la hegemonía, y no de estas para explicar lo simbólico. De esta manera el apoyo alcanzado por el gobierno Kirchnerista es analizado a partir de importantes “dispositivos oficiales culturales”, centrales para crear una creencia, un sentido común, en donde los actos simbólicos refuerzan el apoyo producto de la situación económica favorable. (Sarlo: 2011b)

Aparece entonces una interesante relación planteada por Sarlo entre economía y cultura, donde existe un reconocimiento a la importancia de la materialidad sobre la que se sostiene la

hegemonía cultural, pero que reintroduce el problema de la exterioridad. Sarlo ubica a la economía (reducida vulgarmente en su análisis a objetos como los subsidios y los planes sociales) como el piso sobre el que luego se monta el dispositivo cultural destinado a generar el convencimiento de los gobernados. Sarlo busca explicar el triunfo electoral de Cristina Kirchner en el 2011 como un fenómeno en el cual “la Presidenta sacó más y fue votada con más entusiasmo que el que producen los números. [...] Anudo con un lazo simbólico el intercambio entre mejoras materiales y apoyo político. [...] Los resultados de estas elecciones presidenciales no se alcanzan sólo con subsidios, miniturismo, bolsas de Shopping o plasmas.” (Ibíd.). Lo cultural vendría a representar entonces un “plus”, dado por actos simbólicos que terminan de anudar el apoyo político a una situación económica dada. Lo cultural se reduce entonces a un algo más allá de lo material donde se disputa y opera para generar creencias, para crear un sentido común que se traduce en apoyo político.

¿Qué implica entonces *cultura* en este análisis? Si bien en un primer momento la cultura es enunciada en relación a la vida cotidiana, luego es siempre llevada a determinadas prácticas de producción simbólica pensadas desde el poder. La cultura aparece como una esfera diferenciada de la materialidad social, donde más que el ser influida por esta, se remarca su capacidad influyente, la productividad de lo simbólico en lo social, su capacidad de traducirse en una serie de creencias, en un sentido común que fortalece y crea apoyo político. En primer lugar, cultura como símbolos y como sentido común construidos desde dispositivos del poder, donde la única materialidad de los mismos residen en el propio aparato de agitación y propaganda kirchnerista “pagado con el presupuesto estatal”⁴. Tenemos aquí un elemento “manipulador” de lo cultural, se lo construye externamente a las prácticas sociales, de manera espuria con el presupuesto público para “comprar” o conquistar ciertas creencias en la opinión pública. En segundo lugar, cultura parece referir más a la construcción de un relato, de un conjunto de ideas que buscan imponerse; el término funciona más bien como ideología, como sistema de ideas relativamente coherente con el cual se legitima la dominación. En tercer lugar, aparece una noción elitista de cultura. La propia Sarlo reconoce la eficacia y el objeto de estos dispositivos culturales en relación a las clases medias; mientras que cada vez que se

⁴ Los elementos que componen el dispositivo cultural kirchnerista para Sarlo serían principalmente: los intelectuales y carta abierta, los programas de televisión como “Duro de domar” y 678, la militancia kirchnerista en las redes sociales, lo simbólico de la muerte de Kirchner y la reinención de Cristina en una imagen nueva, el fútbol para todos y la canción “nunca menos”, etc. (Sarlo: 2011c). Como se puede observar, en la propia elección para su descripción y análisis de estos objetos se implica una determinada concepción de cultura.

refiere al apoyo de las clases populares este es reducido a la economía, y peor aún a los subsidios o los planes sociales. En el análisis de Sarlo pareciera que mientras el apoyo de los sectores populares se obtiene por lo económico, se requiere un plus cuando se trata de las capas medias, plus que se lograría con la *cultura*. La diferencia radical que explicaría la hegemonía cultural kirchnerista sería la conquista de estos sectores medios lograda a través de estos dispositivos culturales; el convencimiento de la opinión pública que pareciera ejemplificar la hegemonía para Sarlo se obtendría específicamente por la adhesión de las capas medias.

Lejos de analizar las formas simbólicas y culturales que adoptan las relaciones de fuerza entre las clases en el Kirchnerismo, Sarlo lee los símbolos y las ideas difundidas desde el gobierno como mecanismos culturales efectivos que logran sumar la adhesión “culturizada” de las capas medias a la adhesión “económica” de las clases populares. En definitiva si la hegemonía es definida como resultado de fuerzas sociales y culturales, pero resulta en los hechos un simple convencimiento de la opinión pública (particularmente circunscripto a los “sectores medios”) operado por imágenes, símbolos y acontecimientos escenificados; el complejo anudamiento interno entre economía-política-cultura que implica la definición de hegemonía se resuelve de forma externa y por medio de la simplificación de sus términos. La hegemonía deviene simple convencimiento sin más, operado por un dispositivo cultural que se apoya en la corrupción estatal, los subsidios materiales y las capas intelectuales y políticamente activas.

Como hemos mencionado, la intervención de Sarlo generó numerosas respuestas. Otras veces recurrieron al concepto de hegemonía y su relación con la cultura para hablar del Kirchnerismo. Si la explicación de Sarlo era la de una opositora política al gobierno que buscaba dar cuenta de la recuperación del mismo y su abrumadora victoria electoral, veremos ahora a los conceptos jugando en otro sentido: para reforzar el sentido positivo de la hegemonía kirchnerista, para volver su supuesta hegemonía cultural un signo de las transformaciones que el gobierno estaría llevando adelante. Analicemos entonces el particular uso de la hegemonía cultural que realizan algunos de los principales exponentes de Carta Abierta.⁵

En su artículo *Batallas y Hegemonías* la intelectual de Carta Abierta María Pía López comienza diferenciando la idea de hegemonía, de su uso “republicano” que la empareja con el dominio gubernamental. En cambio la hegemonía “se ancla en la aceptación de ciertos valores sectoriales- de una clase, de una alianza de clases- por parte del sentido común” (López:

⁵ Agrupamiento de intelectuales en apoyo al gobierno kirchnerista que se nuclea a partir del 2008.

2011). El artículo busca diferenciarse del lenguaje belicista que encuentra principalmente en la noción de *batallas culturales* remarcando el aspecto de “conciliación” de la hegemonía, centrándose “no tanto en la imposición de la lógica de un sector como la capacidad de un sector de traducir, deglutir y retomar temas y valores que no han surgido de él y que sin embargo por su mediación pueden generalizarse” (Ibíd.) Interesante forma de pensar la hegemonía en donde una concepto formulado para hablar de la dominación de clase aparece ahora más vinculado a la capacidad de “sectores”⁶ de incluir al otro, de tomar los valores de otros sectores y generalizarlos.

El artículo parte de la aceptación de los valores de una clase como sentido común, de manera que la hegemonía cultural entonces pierde su capacidad de referir a la dominación para referirse simplemente a la construcción de lo común. Pero aún más, con un nuevo cambio de lenguaje ya no tenemos clases y el necesario conflicto (y la dominación) entre las mismas, tenemos sectores que, devienen hegemónicos mediante la incorporación del otro, de la traducción de la voz del otro, tornando sus valores y temas como parte del sentido común.

Perdida entonces la relación entre hegemonía y dominación, pensemos cómo opera la capacidad que habíamos visto en el concepto de hegemonía cultural para pensar la materialidad de la cultura. Lo material, sea lo económico o bien las prácticas sociales y las relaciones entre las clases, parecería no estar presente en el análisis de María Pía López, es más, parecería que la diferenciación social producto de las relaciones sociales conflictivas “no provino de una determinación económica –como la noción de clases o la distinción entre poseedores y desposeídos, o entre pueblo y oligarquía- sino de una pertenencia simbólica, a un linaje u otro del pensamiento y la cultura” (Ibíd.). El conflicto mismo se compone por lo simbólico que no halla anclaje en nada más que sí mismo. La mención al conflicto es diluida rápidamente en linajes de pensamiento, en fracciones simbólicas, antes que en “la estructura de clases”, y entonces esta extraña hegemonía de la conciliación, no sería una particular forma de dirección social de las clases dominantes, no habría coerción alguna si no existe la estructura de clases que la requiere y la instituye, sino simple conflicto cultural sin más determinaciones. No existe la lucha de clases, sino batallas de linajes simbólicos.

Para López, las intervenciones hegemónicas del Kirchnerismo sobre el terrero del conflicto (cultural) logran apropiarse y traducir valores “defendidos por minorías activas” y convertirlos en “política estatal” en un gesto conciliatorio. La hegemonía cultural kirchnerista,

⁶ Interesante cambio de lenguaje que realiza la propia autora entre un párrafo y otro del artículo

no respondería a los elementos culturales e ideológicos de una determinada forma de dominación, de una determinada relación de fuerzas sociales en las cuales el Kirchnerismo represente la parte dominante de la ecuación. La hegemonía kirchnerista sería por el contrario la capacidad del gobierno de incluir reclamos y valores de otros sectores e instaurarlos en el sentido común⁷.

Similar noción de *hegemonía sin dominación* aparece en el politólogo Edgardo Mocca, donde la hegemonía se trataría de “contener en unidad la diversidad y hasta la contradicción [...] la capacidad de alcanzar y sostener la unidad de un bloque social. Y esa capacidad no gira en torno del puro dominio, del ejercicio real o potencial de la violencia sino de una fuerza cultural y moral, una fe [...]” (Mocca: 2011). La acción hegemónica del gobierno estaría en poder construir una unidad de intereses contradictorios para lograr la profundización del modelo en curso. La política de “Batalla Cultural” enunciada por la presidenta que mostraría una vocación hegemónica, sería la de impedir la “desunión de las fuerzas favorables al rumbo político actual” El rol de lo cultural sería entonces la unión de estos intereses contradictorios, y Mocca no ve en esto justamente un rasgo de la dominación (el hacer pasar el desarrollo de una clase como el desarrollo del conjunto de las fuerzas nacionales como plantea Gramsci) sino la capacidad de conciliar esos intereses. La cultura aparece como lo que aglutina, pero no imponiendo o consolidando la dominación de una clase, sino logrando la unidad de “intereses contradictorios”. Valdría preguntarle a Mocca si en esa unidad no se reproducen las contradicciones y las relaciones de poder que implican.

Interesante relación entre hegemonía, conciliación y cultura, donde la última más que indicar un campo de lucha y conflicto, reflejar o constituir una dimensión conflictiva de las relaciones sociales; constituye por el contrario el lugar en donde se integran símbolos y culturas diversas (aparentemente puras y autónomas de antemano), donde se unifican intereses contradictorios en un bloque social, donde más que dominación hablamos de una incorporación conciliada de los valores y los intereses de los grupos ya no más subordinados, porque no habría subordinación ni dominación.

Pero encontramos también dentro de los análisis de la intelectualidad kirchnerista, otra forma de pensar la hegemonía cultural, de manera tal que la misma designe no a una inclusión

⁷ Los ejemplos que María Pía López utiliza para pensar la hegemonía kirchnerista (la ley de medios, los derechos humanos, el matrimonio igualitario) responden a tomar como política del gobierno los reclamos de minorías políticamente activas, incluyendo sus valores y temas en el debate público.

conciliatoria, sino al resultado de un conflicto, de una batalla entre elementos ajenos y en la que se venció para constituir una nueva hegemonía. Ricardo Forster titula su artículo del 21 de abril de 2011 *El litigio por la hegemonía cultural*, en el mismo intenta dar cuenta del debate sobre la hegemonía cultural del Kirchnerismo, reinterpretando la noción para hablar de las transformaciones y diferencias del momento actual con un pasado reciente. Forster plantea: “Lo que Beatriz Sarlo ha comprendido (y lo viene haciendo con indisimulada incomodidad desde los festejos multitudinarios del bicentenario) es que lo abierto en mayo de 2003 ha creado las condiciones, inimaginables en la Argentina previa, de un giro en la hegemonía ideológica [...] la batalla cultural había sido ganada, al menos hasta hace unos pocos años por el neoliberalismo” (Forster: 2011). Habría existido entonces una hegemonía neoliberal, definida como ideológica, la cual el Kirchnerismo vendría a romper, dando desde el 2003 la batalla cultural por recuperar una “alternativa de matriz nacional, democrática, popular y emancipatoria” negada en los ‘90 (Ibíd.).

En la posición de Forster lo que se encuentra en el centro de la disputa es una ideología como forma total de organización de la realidad. Existiría una ideología neoliberal que ganaría la batalla cultural en los ‘90 descrita como: “la degradación de la vida social, el predominio de una lógica hiperindividualista, la sustitución de la política por la administración y la gestión de cuerpos y bienes transformando la vida democrática en un gigantesco mercado en el que la libertad remitía, fundamentalmente, a la posibilidad de elegir ante las góndolas del supermercado que jugo de naranja o que jean comprar. Pero también se trato de una profunda transformación de las conciencias y de los imaginarios de época destronando lo que eran aquellas otras tradiciones provenientes de los lenguajes igualitaristas” (Ibíd.). El neoliberalismo entonces como una “apuesta cultural” por conquistar el sentido común volviendo hegemónicos los sentidos antes mencionados. Encontramos aquí una descripción de los objetos a tomar en cuenta como aspectos culturales de la hegemonía bastante amplia e interesante: sentido común, organización cotidiana de la vida, formas de dar sentido a lo político y a lo económico, conciencias e imaginarios sociales, etc. Forster parecería utilizar una noción de cultura, que *a lo* Williams, busca relacionar prácticas cotidianas y producción de sentidos con un esquema de poder, en este caso el neoliberalismo.

A esta hegemonía neoliberal se contrapondría el Kirchnerismo para Forster, que en primer lugar reabre la posibilidad de disputa y que logra a partir del 2008 constituir una nueva

hegemonía⁸. ¿Cuáles son las características de la misma? Poco es descripto por Forster, pero inferimos se refiere a una especie de “redención” del igualitarismo, de una tradición donde los valores máximos serían la igualdad y donde la política ocupa el lugar de la disputa por lograrla. La lucha para Forster se resume en gran medida en la disputa entre dos principios: el fin de la política neoliberal con la desigualdad que supondría y la reaparición de la política con la posibilidad de construir la igualdad. El primero queda vinculado en su análisis a “la derecha”, al poder, mientras que el segundo representaría una tradición popular que lucha por la igualdad. Por lo cual existiría una hegemonía de los poderosos y una hegemonía popular. Si el Kirchnerismo para Forster representa esta última no se habla entonces de hegemonía como dominación; el Kirchnerismo no sería un sector dominante (extraño lugar para un gobierno) sino una “anomalía” representada por el propio Néstor Kirchner que abre la posibilidad de disputar la hegemonía neoliberal.

De vuelta aquí no existe un vínculo entre el análisis de estos dos principios que se proponen polos de una disputa cultural, con las relaciones sociales efectivas de poder en la sociedad argentina. El neoliberalismo es el poder, el Kirchnerismo la igualdad, se propone esta definición sin explicitar más cuales serían los grupos, sectores o clases dominantes que definirían a cada uno. Lo popular como valores y símbolos preexistentes a la hegemonía neoliberal encuentran su retorno y su redención en Kirchner luego de ser sometidos durante años de neoliberalismo; esto sería la hegemonía cultural kirchnerista. No tenemos entonces materialidad de prácticas sociales transformadoras o diferentes que den cuenta de este cambio en las relaciones de poder simbólico, pero tampoco tenemos una explicación de la dominación cultural actual. ¿Si el neoliberalismo ha sido vencido, que es lo dominante ahora? O tal vez aún más importante ¿Quiénes son los que dominan y sobre quiénes? Estas preguntas no pueden plantearse desde Forster, ya que se enuncia al fenómeno Kirchnerista como aquel de emancipación sin poder vincularlo a las relaciones de poder reales que lo sostienen. En estos términos preguntarse por la existencia de una hegemonía cultural no tiene mucho sentido, no hay nada hegemónico si no hay sujeto hegemonizante ni sujetos sobre los cuales ejercer la hegemonía.

Tal vez lo que no logramos ver, es que en los términos de Forster se ha terminado la dominación en la Argentina, sólo quedan restos del pasado neoliberal amenazando, pero que en los hechos hemos avanzado hacia una sociedad emancipada e igualitaria. Creemos que

⁸ Parecería que para Forster la crisis del neoliberalismo se auto gestaría y nada tendría que ver con luchas políticas, y que entre la misma y la asunción de Kirchner en el 2003 no hubiera nada, ni siquiera el gobierno de Duhalde del cual el propio Kirchner es candidato.

mejor que sostener una tesis de este estilo sería observar las relaciones políticas y económicas dominantes que aún existen (que por ahí no suponen el quiebre que propone Forster con la década anterior) y a su vez ver que es hoy lo culturalmente dominante y como se vincula con las relaciones de poder existentes.

Incapaces de pensar al Kirchnerismo y por consecuencia al Estado del que es gobierno, como parte de las clases dominantes, los intelectuales de Carta Abierta construyen *una hegemonía sin dominio*. En la cual aquello que aparece como simbólicamente dominante no responde a fenómenos de subordinación y poder sino a una lógica de la conciliación, de la inclusión, o de la redención de lo popular, que como un polo puro en sí mismo y sin relación a lo dominante aparece ahora liberado de la dominación de la que era objeto. Para hacer esto no sólo deben desvincular hegemonía y dominación, sino también volver a separar lo simbólico de su materialidad práctica en la construcción de esa dominación; para que el Kirchnerismo pueda ser un simbolismo sin dominación debe desacoplarse de las relaciones sociales efectivas que lo producen.

El debate sobre la hegemonía como objeto cultural.

Hasta aquí nos hemos limitado a analizar el debate público sobre la existencia de una hegemonía cultural kirchnerista, intentando identificar cómo eran presentadas en este las relaciones entre hegemonía y cultura, y clarificando los supuestos tras estos usos por medio de la referencia a las formulaciones de Gramsci y Williams. Resta el objetivo de tomar al debate como objeto cultural, someterlo a nuestro análisis para pensar qué nos dice del Kirchnerismo y de las relaciones de fuerzas, poder y cultura, en la coyuntura actual, la existencia misma de un “debate sobre la hegemonía cultural”. Para esto presentaremos algunas proposiciones que nos permitan plantear algunos problemas preliminares o hipótesis de trabajo con el fin de construir un análisis tal de este debate:

1. En primer lugar, cualquier estudio que pretenda abordar los elementos culturales de una hegemonía dada debe primero plantearse qué es lo que considera como “cultura” para su análisis. Como afirmamos más arriba, tomamos con algunas diferencias el concepto propuesto por Williams ya que nos permite movernos en el plano de las concepciones de mundo, las formas de simbolizar la realidad de un determinado grupo y sociedad, pero incluyendo los rasgos de dominación, y su relación con la aceptación y el ocultamiento de esa dominación que se ponen en juego en las mismas.

Partiendo de esta definición, hablar de los elementos culturales de la hegemonía kirchnerista debe llevarnos a pensar el discurso que se articula desde el gobierno y desde los dispositivos culturales del mismo, como forma de simbolizar la historia pasada y presente, como la forma de concebir los límites de la acción política y económica; como forma de simbolizar la realidad que intenta imponerse como dominante. Luego deberíamos ver la efectividad de ese relato, en tanto capacidad de convertirse en sentido común. Nos topamos con un problema metodológico: el de encontrar indicadores de hegemonía sin quedarnos solamente con lo que aparece como “opinión pública”. Es decir la necesidad de encontrar una forma de saber en qué medida esa visión del mundo opera cotidianamente en la conciencia práctica de los individuos.

Debemos entonces movernos en un doble plano a la hora de analizar las relaciones entre cultura y Kirchnerismo. En un primer lugar tomar “el relato” kirchnerista, su visión de mundo, su forma de simbolizar la realidad en tanto ideología dominante. En segundo lugar debemos dirigirnos al plano de las subjetividades, no necesariamente individuales sino colectivas, e intentar observar en que medida los grupos organizan su vida cotidiana y su accionar en torno a esta ideología dominante. Este segundo plano resulta mucho más difícil de aprehender; sin embargo consideramos que podemos observar en ciertos comportamientos económicos o políticos formas mediante las cuales grupos sociales incorporan subjetivamente los límites de la realidad planteados por la ideología dominante.

Si la hegemonía es el resultado de una determinada correlación de fuerzas, dentro de la cual lo simbólico ocupa un lugar preciso, su análisis debería suponer necesariamente un examen del estado del conflicto y la disputa entre estas fuerzas sociales que constituye esa “correlación de fuerzas”. Debemos preguntarnos quiénes son los sujetos sociales que constituyen estos conflictos, entre quiénes son las relaciones de fuerza que tomamos como “base” para pensar lo cultural. Retomamos entonces el punto de anclaje que nunca abandonan tanto Gramsci como Williams: el análisis de clase; las correlaciones de fuerza dentro de las cuales se piensa la cultura refieren siempre al análisis de la dinámica de lucha entre clases sociales.

Un segundo punto al entender los elementos culturales de la hegemonía como resultado del enfrentamiento y la correlación de fuerzas entre clases sociales, es la productividad simbólica de ambos polos de la esta relación antagónica. Las clases, tanto las dominantes como las subalternas, tienen capacidad de producción simbólica pero siempre en relación a su enfrentamiento donde se van conformando elementos dominados y elementos dominantes. Se pensará entonces lo cultural desde la clave de la dominación, desde los elementos culturales

de la hegemonía de determinada clase social, pero entendiendo que en la propia lucha se suceden mecanismos de integración subordinada de elementos de las clases subalternas, así como también producción de nuevos sentidos por estas clases en su disputa con lo dominante, en la forma de resistencias y oposiciones⁹. Lo cultural, y los elementos simbólicos de una hegemonía aparecen entonces como parte misma de las relaciones sociales antagónicas, de manera tal que consideremos a los sentidos culturales como constituidos por la dinámica de esa lucha y como constituyendo una dimensión del conflicto mismo.

De esta manera consideramos necesario retomar la distinción planteada por Williams entre elementos dominantes, residuales y emergentes. Los primeros más fuertemente relacionados con el discurso y la ideología dominante que el Kirchnerismo representa. Los segundos diferenciados en elementos tradicionales y de formas de dominación anteriores que el kirchnerismo incorpora; pero también los elementos de ruptura de la dominación que el gobierno ha logrado incorporar mediante mecanismos de inclusión. Lo emergente deberá observarse en relación a las formas de oposición y contestarías a ese relato oficial, a las producciones simbólicas de grupos opositores, pero teniendo en cuenta también los mecanismos desde los cuales se los intenta incorporar, o excluir, de la ideología dominante.

2. Intentemos aproximarnos entonces a definir algunos elementos culturales de esta nueva “hegemonía” kirchnerista. Las formas simbólicas que adoptan estas relaciones de fuerza, cuando se estabilizan en una determinada hegemonía constituyen, como lo plantea Williams, el sentido de la realidad para la mayoría, un límite fuera de la cual resulta muy dificultoso pensar y simbolizar la realidad. En los análisis que hemos visto, podemos pensar esta idea a partir de la imposibilidad de pensar una hegemonía en relación a las relaciones de fuerza efectivas de la que es resultado. En los mismos, los sujetos sociales han desaparecido de la escena, se enuncia una “batalla cultural” pero en ningún momento se nombra a los combatientes. Esta permanente falta de referencia, o la presentación recurrente de sujetos indefinidos, creemos que señala algo más que un “error conceptual”. Habla, más bien, de una

⁹ De esta forma al analizar los fenómenos culturales en el Kirchnerismo debemos evitar las lecturas que Grignon y Passeron identificaron como “miserabilistas” y “populistas”; es decir que no debemos pensar a los sentidos dominantes como productos puramente contruidos desde el poder frente a los cuales las clases subalternas son simplemente receptoras; ni pensar la cultura de las clases subalternas como un polo puro en si mismo que no se construye en relación a los simbolismos dominantes (Grignon y Passeron: 1989). Las lecturas en torno a la hegemonía cultural que hemos analizados caen en gran parte en estos polos. La lectura de Sarlo reproduce la posición “elitista” en la cual la cultura sería un campo enteramente dominado por el poder político; donde las clases subalternas no se constituyen como actores en la producción social de sentidos. Por otro lado, las lecturas de los intelectuales de Carta Abierta reflejan otro polo de análisis, el “populista”, pensando lo popular como una como un objeto dotado de características propias, como algo no marcado por la dominación, como una tradición simbólica que resistió al neoliberalismo y que ahora resurgiría. En su lectura lo actualmente dominante simbólicamente más que dominar incluye y redime a estas clases populares y a su cultura antes negada.

forma particular de hegemonía, donde ciertas ideas parecerían no encontrar su lugar en el pensamiento de la realidad contemporánea.

El conflicto es negado o es llevado a conflictos distintos del antagonismo entre las clases: la disputa entre símbolos, entre dispositivos culturales, entre un pasado neoliberal y un presente igualitario, entre Estado y Mercado como entidades autónomas, entre lo nacional y popular y “la derecha”, etc. De esta manera la referencia a las relaciones sociales efectivas se elude; no tenemos un análisis de las relaciones políticas, económicas y culturales de dominación; ya sea por un pensamiento para el cual el conflicto se reduce efectivamente a las ideas en el marco de una democracia republicana o por una formulación que busca negar las relaciones de dominación existentes para hablar de las bondades del “modelo” que las habría superado o que estaría en vías de hacerlo.

Es en este sentido que afirmamos que *aceptar el centro de la batalla como simplemente cultural implica un rasgo hegemónico* en tanto actúa como límite para pensar el conflicto y las batallas efectivas entre clases sociales, que no se agotan (aunque incluyen) lo simbólico. Se autonomiza la cultura de las relaciones de lucha entre las clases, y se monta sobre esta esfera autónoma el centro del conflicto. La operación de “culturalizar” la hegemonía funciona como elemento hegemónico en tanto el plano cultural la dominación puede asumir una multiplicidad de formas, y al limitarse el debate político a un enfrentamiento entre las mismas sin referirlas a las relaciones sociales de dominación de las que son producto, se niega la posibilidad de pensar más allá de las correlaciones de fuerza dadas.

Nos movemos entonces en una Argentina donde la dominación efectiva de clase parece haber desaparecido dejando lugar a una batalla meramente cultural o simbólica, generando un borramiento de las relaciones sociales de dominación existentes. Este borramiento de la dominación se apoya en la puesta de la “batalla cultural” como su centro, como el único lugar del conflicto efectivo en la actualidad: las batallas económicas y políticas se habrían terminado ya, es el momento de la batalla cultural. El problema es que como hemos visto “no hay tal (ocasional) *batalla cultural*, sino que la cultura es, por definición, un campo de batalla perpetuo; y donde, al revés, son los momentos de aparente *paz* los que deben considerarse *anomalías* producidas por la *hegemonía* del pensamiento dominante que –como habría dicho Adorno– siempre pretende presentar la realidad (social, cultural política) como reconciliada, o al menos potencialmente reconciliable. Para este pensamiento *hegemónico*, por ejemplo los *problemas* de un sistema injusto y expoliador [...] son *defectos* que al sistema le *faltan* subsanar mediante la *profundización* de medidas compensatorias” (Grüner: 2011). Debemos

pensar entonces si nos encontramos frente a uno de estos momentos de relativa calma, de relativa estabilidad de la disputa entre fuerzas sociales, donde ha sedimentado una determinada correlación de fuerzas, sedimentando a su vez como dominantes a determinados significantes y formas de entender la realidad.

3. Planteamos como hipótesis para investigaciones futuras que la conformación de ciertos elementos culturales hegemónicos durante el kirchnerismo se encuentra en fuerte relación con la crisis del 2001, constituyendo formas simbólicas de aprehender la misma, “digiriendo” los elementos que suponían una real amenaza a la dominación efectiva. Pensemos el slogan utilizado por la presidencia de Néstor Kirchner durante sus primeros años para pensar esta idea: “Argentina un país en serio”. Esta seriedad planteada viene a contraponerse al “caos” de la crisis, referida por Kirchner como “el infierno”. De lo que se trataba (en ese slogan) es de reconstituir la “normalidad” afectada por una fuerte crisis económica política y social.

¿Pero que significó esta crisis? La misma presentó, aunque fuera en formas embrionarias, una amenaza a las formas efectivas de dominación existentes; representó un quiebre a una determinada correlación de fuerzas entre las clases poniendo en cuestión a las clases dominantes y a sus formas de dominación. A nivel político: crisis del gobierno que debe renunciar, incapacidad inicial de conformar un nuevo gobierno, la expresión “que se vayan todos”, las asambleas; todos estos elementos planteaban nuevas formas políticas antagónicas a las formas de dominación existente, en tanto representan una amenaza a las mismas e impiden su normal desarrollo. A nivel económico: incapacidad de replantear mediante el ajuste las capacidades de acumulación, surgimiento de nuevas formas de relaciones económicas que surgen en el seno de la crisis; elementos que plantean una amenaza a la forma “normal” de acumulación capitalista. Pero también, la crisis del 2001, como la manifestación abierta del cambio en la correlación de fuerzas sociales, implicó también un cambio en los “límites” simbólicos impuestos. Se volvía posible pensar más allá de ciertas formas de dominación política y económica, pensar alternativas más allá de la subordinación existente.

El “país en serio” propuesto por Kirchner viene a dar un cierre (o mejor dicho a continuar el cierre comenzado por Duhalde) a esta multiplicidad de fuerzas que cuestionan la dominación; logrando restaurar el orden y la dominación. A diferencia de la lectura de Forster donde Kirchner vendría a reabrir la posibilidad de la política, en nuestra hipótesis no sólo la política, como conflicto y lucha entre las clases nunca habría desaparecido; sino que más bien Kirchner viene a imponer un nuevo límite a estas luchas, a encauzarlas de nuevo en un “país

en serio” donde las formas de dominación estatales y la acumulación capitalista no sean cuestionadas.

La “hegemonía cultural” representa entonces el relativo triunfo (siempre relativo y frágil) de la imposición de este nuevo límite simbólico, en el cual plantear el conflicto no en el plano de la dominación efectiva sino en el plano simbólico como desacoplado de estas relaciones juega un importante rol. Se presenta entonces a la realidad como reconciliada consigo misma, las relaciones efectivas de dominación y subordinación se presentan como “lo que falta”, lo que va a alcanzarse con la siempre prometida “profundización del modelo”, las contradicciones y los conflictos encontrarán una resolución, y la batalla cultural tendrá un rol central para lograr dicha profundización¹⁰. Aparece un rasgo “ideológico” clásico en el plano de la negación de la dominación, pero más que de la dominación, del conflicto mismo entre clases que la constituye. Que tales ideas y sentidos triunfen no puede ser producto sin embargo de una simple imposición; la correlación de fuerzas heredada tras la crisis impone la necesidad de incorporar de manera subordinada a los intereses simbólicos y materiales de las clases subalternas. Es imposible retomar el país normal sin lograr cierta pacificación social, y esta sólo era posible mediante cierto nivel de concesiones e incorporaciones de las clases populares.

En conclusión, creemos que es necesario profundizar la investigación sobre una hegemonía kirchnerista; es decir sobre una determinada correlación de fuerzas dentro del antagonismo clasista que no revisten todavía el nivel necesario para volver inefectivo e imposible el “normal” desarrollo del modelo de acumulación, la autoridad estatal, y las formas ideológicas de las clases dominantes. En lugar de hablar de la “hegemonía cultural kirchnerista” creemos más productivo enunciar los elementos simbólico-culturales de esta hegemonía. La insistencia en “lo cultural” como la disputa central, sería uno de estos rasgos que nos habla de una determinada forma de procesar el conflicto surgido del antagonismo de clase, de manera tal de mantener sin mayores modificaciones las relaciones de fuerza existentes entre las clases; manteniendo como “límite” ciertas formas de dominación y acumulación por fuera de las cuales se vuelve extremadamente difícil accionar y producir sentido.

Bibliografía

(1981) Anderson P.: *Las Antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en*

¹⁰ No es casual que el “enemigo” que se enuncia desde el relato kirchnerista sean “los medios hegemónicos”, un enemigo productor de sentidos, y no los grupos económicos y clases poseedoras como núcleos del “poder real”.

Occidente. Barcelona. Editorial Fontamara.

(2011)Forster R.: “El litigio por la hegemonía cultural.” [En línea] Revista Veintitrés, 20 de abril del 2001. Dirección URL: <http://veintitres.infonews.com/nota-2598-sociedad-el-litigio-por-la-hegemonia-cultural.html>

(2003)Gramsci A. : *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado Moderno*. BS.AS. Nueva Visión.

(2008)Gramsci A.: *El Materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. BS.AS. Nueva Visión.

(1989)Grignon P. y Passeron J.C.: *Lo Culto y lo Popular*. BS.AS. Nueva Visión

(2011)Grüner E.: “¿Qué clase(s) de batalla es la “batalla cultural”?” [En línea], Página 12, 11 de junio de 2011, Dirección URL: <http://www.pagina12.com.ar/diario/debates/32-169889-2011-06-11.html>

(1994)Hall S.: “Estudios culturales: dos paradigmas”, en Revista *Causas y azares*. N° 1. Bs.As.

(1998)Hall S.: “El problema de la ideología: Marxismo sin garantías”, en *Revista Doxa*. N° 18. Bs. As

(2011)Mocca, E.: “Hugo Moyano y la vigencia de Gramsci” [en línea], Página 12, 20 de marzo de 2011, Dirección URL: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-164580-2011-03-20.html>

(2011)López M.P.: “Batallas y hegemonías” [en línea], Página 12, 30 de mayo de 2011, Dirección URL: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-169110-2011-05-30.html>

(2011a)Sarlo B.: “Hegemonía cultural del kirchnerismo.” [En línea] La Nación. 4 de marzo de 2011. Dirección URL: <http://www.lanacion.com.ar/1354629-hegemonia-cultural-del-kirchnerismo>

(2011b)Sarlo B.: “Victoriosa Autoinvención” [en línea] La Nación, 24 de octubre de 2011. Dirección URL: <http://www.lanacion.com.ar/1417324-victoriosa-autoinvencion>

(2011c)Sarlo B.: *La audacia y el cálculo. Kirchner (2003-2010)*. Bs.As. Sudamericana.

(2009)Volóshinov, V.N: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Bs.As. Ediciones Godot.

(2009)Williams R.: *Marxismo y Literatura*. Bs.As. Las Cuarenta